

Camino del cementerio



LUIS CREMADES

Puedo elegir entre dos frutos,
el de la fuerza y el del corazón.
Sin pensarlo he comido
el menos conveniente
—del corazón— y el cuarto
se abre mostrando
otro horizonte, formas
cotidianas, la colcha, el ventanal
y una luz que no veo. Sin distancia
estoy sintiendo en lo que observo
—y es un dios o un sencillo
ordenamiento de materia
del color del arcoiris.

“Quiero quedarme
—pensé y no sé si dije: esto es el Paraíso.”
Entonces me empujaste afuera
con diez mil manos
como una diosa multiplicándose en la danza.

El camino y la plaza
desierta, ardiendo con el fuego
del sol a esta temprana hora en la tarde;

y una señora con sombrilla
bajo los soportales
que se queda mirando;
y yo a ella porque viste igual
que las piedras más viejas de la plaza,
pero con otro movimiento
como si un árbol grande
marchase caminando sobre las raíces.

El camino otra vez: ruinas y yedra
en un abrazo
sostenido y sin nombre,
un parque, un yacimiento arqueológico,
una vereda que remonta
la cuesta hasta lo alto del cerro
donde queda el pequeño cementerio
y sopla brisa fresca y canta y baila
un muchacho salvaje
por el muerto que desde ahí abajo,
el fondo de esa tierra, le alimenta.